



Las enfermedades de Franz

Christine Nöstlinger

Ilustraciones de Erhard Dietl



COLEGIO AMERICANO



EDUCACION INTEGRAL
CON CALIDAD HUMANA

NOMBRE: MIRANDA URBAN SOLANO

GRADO: 2o. GRUPO: MARIE CURIE

MATERIA: ESPAÑOL

MAESTRO: MARIA GUADALUPE
RIVERO DOMINGUEZ

www.FreeLibros.me

Las enfermedades de Franz

Christine Nöstlinger

Traducción de Rafael Arango

GRUPO
EDITORIAL
norma

<http://www.norma.com>

Bogotá, Barcelona, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Miami, Panamá,
Quito, San José, San Juan, San Salvador,
Santiago de Chile, Santo Domingo.



Las enfermedades de Franz

Christine Nöstlinger

Traducción de Rafael Arteaga

**GRUPO
EDITORIAL
norma**

<http://www.norma.com>

Bogotá, Barcelona, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Miami, Panamá,
Quito, San José, San Juan, San Salvador,
Santiago de Chile, Santo Domingo.

Las enfermedades de Franz
Título original en alemán:
Krankengeschichten vom Franz
de Christine Nöstlinger

© 1988 Publicado por Verlag Friederich Oetinger, GmbH
© 1992 Editorial Norma
Av. El Dorado No. 90-10 Bogotá, Colombia

Decimocuarta reimpresión, septiembre 2008

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin
permiso por escrito de la Editorial.

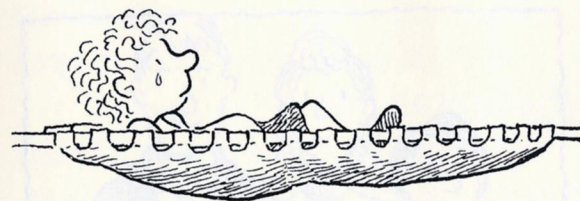
Impreso por Cargraphics, S.A. de C.V.
Impreso en México - Printed in Mexico

www.librerianorma.com

Traducción: Rafael Arteaga
Ilustraciones: Erhard Dietl
Edición: María Candelaria Posada
Diagramación y armada: Nohora E. Betancourt
Elaboración de cubierta: Patricia Martínez Linares

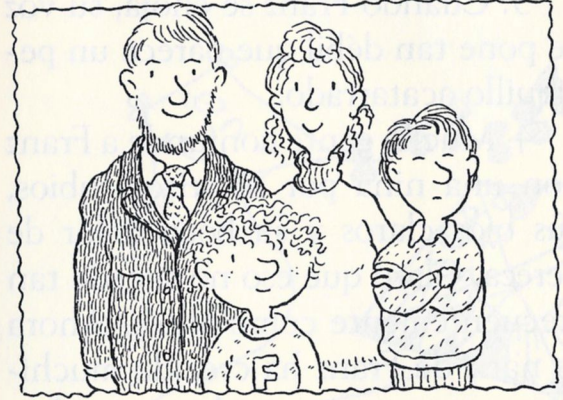
C.C. 26011066

ISBN 10: 958-04-1930-2
ISBN 13: 978-958-04-1930-3



Contenido

El resfriado sazonado con pimienta	15
Amor sobre yeso	27
El brote de fresas	49



Para aquellos que aún no saben nada de Franz, debemos explicar algunas cosas:

1. Franz tiene ocho años y seis meses. Su hermano mayor se llama Josef y sus padres son muy amables.

2. Aunque Franz creció un palmo en el último medio año, todavía sigue siendo el niño más pequeño de su clase. Pero la diferencia entre él y el niño que le sigue ya no es tan grande.

3. Cuando Franz se enoja, su voz se pone tan débil que parece un periquillo acatarrado.

4. Mucha gente confunde a Franz con una niña por sus rizos rubios, sus ojos claros y su boca color de cereza. Claro que eso no sucede tan frecuentemente como antes. Ahora la nariz de Franz ha crecido muchísimo y una nariz grande, como dice su papá, hace que el rostro se vea masculino.



5. Junto a Franz vive su amiga Gabi, que tiene la misma edad que él. Infortunadamente, no están en la misma clase: Franz está en 2a y Gabi en 2b.

Anteriormente, Franz tenía tres grandes problemas: su pequeña estatura, su cara de niña y su voz de pito.

Mas como no solamente la nariz, sino todo en él, ha crecido bastante, Franz ha logrado deshacerse de dos de sus problemas. Sin embargo, se



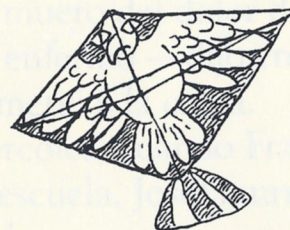
ha ganado otros dos. Uno es la señora Frías, que desde hace un par de meses va a la casa de Franz todas las mañanas, hace el almuerzo, limpia todo, se comporta muy antipáticamente y se va cuando la mamá de Franz regresa del trabajo.

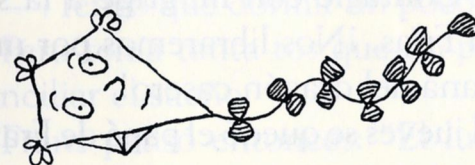
“Nuestro dragón doméstico”, llama Josef a la señora Frías. Ella, a su vez, se llama a sí misma “ama de llaves de medio tiempo”.

El segundo nuevo problema de Franz son las enfermedades.

¡Últimamente, siempre le llegan en el momento más inoportuno! Con frecuencia le gustaría estar enfermo, especialmente cuando tiene pocas ganas de ir a la escuela. Infortunadamente, sus deseos nunca se cumplen: cuando quiere enfermarse, está más saludable que nunca. Sólo se enferma cuando esto no le cuadra en sus planes. Por ejemplo, cuando viene el circo o cuando Gabi está de cumpleaños.

¡A Franz esto le parece cruel e injusto!





El resfriado sazonado con pimienta

Un domingo llamó la abuela y dijo:

—Tengo gripe. ¡Por favor no vengán a visitarme porque los voy a contagiar!

El martes, el pobre Josef no pudo probar ni pizca del almuerzo.

—Me muero del dolor de garganta, estoy enfermo —dijo entre gemidos y se metió a la cama.

El miércoles, cuando Franz regresó de la escuela, Josef murmuró con dificultad:

—Contagié con mi gripe a la señora Frías. ¡Nos libraremos por una semana del dragón casero!

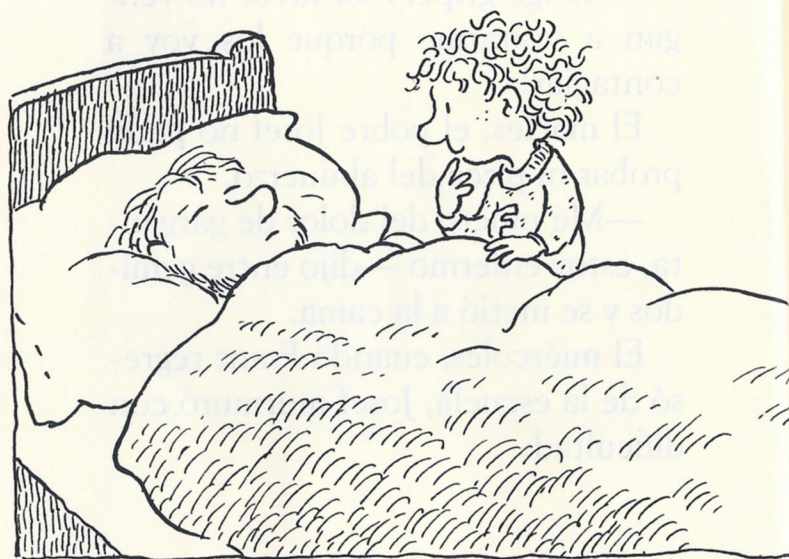
El jueves se quedó el papá de Franz en casa.

Su esposa lo envolvió bien antes de irse para la oficina.

—¿Tú también tienes gripe? —preguntó Franz.

Su papá sólo pudo hacer castañear los dientes, pues la fiebre le producía escalofríos.

El viernes regresó la mamá, de la oficina, se dirigió a su cama y murmuró:



—¡Tengo que dormir un poco!

Pero tenía tanta tos que no pudo conciliar el sueño.

Franz pensó entonces: “El lunes, la abuela; el martes, Josef; el miércoles, el dragón casero; el jueves, papá y el viernes, mamá. ¡El sábado me tocará a mí el turno!”

Franz estaba completamente seguro de que al día siguiente tendría gripe. Eso lo alegraba mucho, pues la gripe no se cura de un día para otro, sino que dura un par de días. A Franz le pareció excelente no tener que ir a la escuela por un par de días. ¡Incluso le parecía muy probable tener que faltar otros cuatro días!

Camino a casa, viniendo de la escuela, le había cortado una trenza a Evita. Cincuenta centímetros de trenza castaña y delgada, atada con una cintilla roja.

El asunto sucedió así: Franz se dirigía a casa con Evi, Gabi y Santi. Evita se atrevió a decirle “enano tonto”, por lo cual él le dio un em-



pujón que la hizo tropezar. El male-tín con sus trabajos manuales voló lejos. Las tijeras se salieron y Franz las recogió.

—Patatín, patatán, ahora te voy a cortar tu trenza —dijo, y empezó a abrir y cerrar las tijeras, como si estuviera cortando de verdad, alrededor de la trenza de Evi.

—¡No te atrevas! —dijo Evi.

—¡Sí me atrevo! —replicó Franz.

Pero no lo había dicho en serio, sino que de repente la trenza quedó apresada entre las tijeras y Franz

apretó. Él mismo no podía explicarse por qué lo había hecho. Claro que si esa trenza no hubiera sido una delgada cola de ratón, de seguro que no se hubiera desprendido ¡simplemente por apretar un poquito con las tijeras!

Evi recogió la trenza del suelo y gritó:

—¡Espera! ¡El lunes irá mi mamá a la escuela! ¡La señora directora se enterará de todo! ¡Ya verás lo que te va a pasar! —y dando grandes suspiros, se fue.

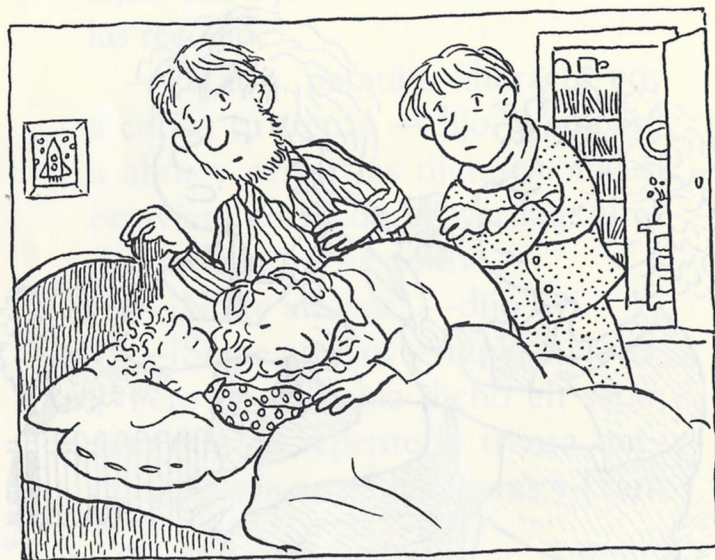


¡No era de extrañarse que Franz esperara su gripe con tanta alegría! Todo el sábado la estuvo esperando.

El domingo a mediodía todavía no le había llegado y el niño pensó: "Ya va siendo hora" y, sin más, se fue desvistiendo y acostando en la cama.

—Me dio gripe —gritó Franz con tanta fuerza que sus padres y su hermano Josef lo oyeron desde sus camas.

Los tres vinieron corriendo. Josef con su bufanda de lana alrededor del cuello, la mamá con pañitos



tibios sobre el pecho y el papá con una bolsa de hielo en la cabeza.

El papá le puso a Franz el termómetro debajo de la axila y después de cinco minutos lo sacó y dijo:

—Treinta y seis con seis, ¡temperatura normal!

Su mamá le puso la oreja en el pecho y lo examinó:

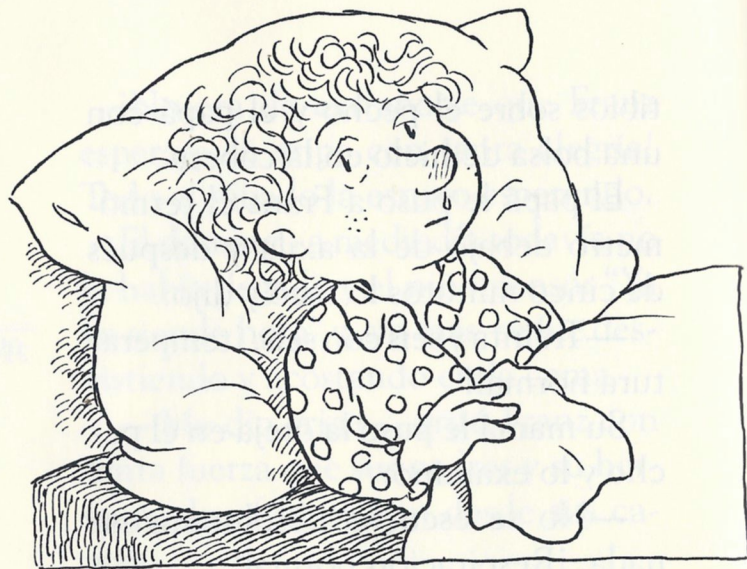
—No se escucha absolutamente nada. ¡Respiración normal!

Josef le miró la garganta y exclamó:

—No está nada roja. ¡Todo está normal allá adentro!

Entonces estornudaron los tres al tiempo y dijeron:

—¡Tú no tienes ni siquiera un catarrito! —y regresaron a sus camas. Franz se deslizó entonces hasta la cocina, tomó el frasco de la pimienta y esparció todo el contenido en su pañuelo. Luego regresó a su cama y sostuvo el pañuelo debajo de la nariz. Un tremendo ataque de estornudos no se hizo esperar; cuando



finalmente le pasó, se puso nuevamente el pañuelo debajo de la nariz y lo mantuvo allí. Hasta la noche soportó la estornudadera causada por la pimienta. Finalmente, su mamá vino a su lado y dijo:

—Pobre Franz, ¡qué gripe tienes! Mañana no vas a poder ir a la escuela.

Entonces, Franz botó debajo de la cama el pañuelo impregnado de pimienta, pero su nariz estaba tan maltrecha e irritada de tanto estornudar que continuó estornudando durante

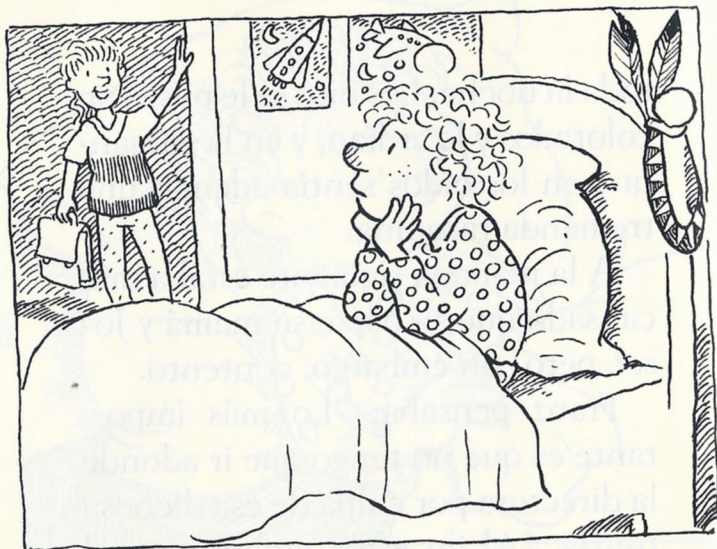
toda la noche. Los ojos se le pusieron colorados y le ardían, y en la garganta y en los oídos sentía además una tremenda rasquiña.

A la mañana siguiente estaba más cansado que su papá, su mamá y Josef, pero, sin embargo, contento.

Franz pensaba: “Lo más importante es que no tengo que ir adonde la directora por culpa de esa dichosa trenza. ¡Al fin estoy enfermo en el momento oportuno!”

Al mediodía vino Gabi a visitarlo, pero solamente se quedó de pie en la puerta de la alcoba, por miedo a contagiarse. Desde allí le dijo:

—Qué lástima que no fuiste hoy a la escuela. La directora tiene gripe, tu profesor tiene gripe y casi todos los niños también. Los niños sanos de tu clase estuvieron hoy en mi salón. No estudiamos, sino que estuvimos todo el tiempo cantando, jugando y contando cuentos. ¡Te hubieras podido sentar todo el tiempo junto a mí!



—¿Y qué pasó con Evi? —preguntó Franz.

Gabi respondió:

—Ella no tiene gripe y ahora lleva bucles hechos en el salón de belleza. Así se ve mucho más linda. Todos los niños la admiraron y ella ya no está enojada contigo. ¡De no haber sido por ti, no hubiera tenido la oportunidad de mandarse a hacer ese hermoso peinado!

Franz golpeó furioso con los puños la esquina de la cama. ¡Qué mala suerte! ¡Qué injusticia! Le hubiera provocado gritar, pero con la ira que

tenía, le salió una vocecita debilu-cha y ronca. Gabi no entendió ni una sola palabra.

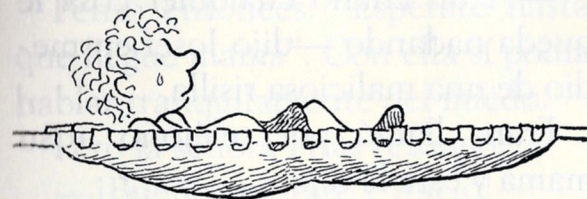
—¿Qué pasa? —preguntó.

Franz se echó entonces la cobija sobre la cabeza, se volteó hacia la pared y se arrepintió de haber hecho tamaña tontería. Había estornudado casi hasta matarse, ¡completamente en vano! Lo único que había logrado era privarse de pasar una hermosa mañana al lado de Gabi. A pesar del riesgo de contagiarse, Gabi fue hasta donde Franz y le sacudió la cobija.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Sólo tengo rabia con tanta crueldad e injusticia —dijo con voz de pito por entre la cobija.

—A este se le pasó la gripe al cerebro —comentó Gabi en voz baja, y se marchó a su casa.



Amor sobre yeso

Un día llegó Franz de la escuela y le dijo a la señora Frías:

—Mañana tenemos excursión. ¿Dónde está mi morral?

—Ni idea —respondió ella.

El niño buscó por todo el apartamento, pero no pudo encontrar su morral.

—Llévate el mío —propuso Josef.

—Es demasiado grande —dijo Franz—. Me cuelga hasta los pies.

—A un enano cualquier cosa le queda nadando —dijo Josef en medio de una maliciosa risilla.

Franz llamó por teléfono a su mamá y esta le dijo:

—Tu morral está abajo, en el sótano, dentro de un baúl.

—Lo que permanece por largo tiempo en el sótano se enmohece —dijo la señora Frías—. Sube tu morral. ¡Lo pondré en la ventana para que se ventile!

Franz nunca antes se había metido solo al depósito. En primer lugar, porque le tenía miedo y, en segundo lugar, porque había ratas. Pero a él no le gustaba hablar sobre el miedo.

Así pues, le dijo a la señora Frías:

—Por favor, súbalo.

—Yo no soy tu sirvienta —se apresuró a protestar la señora Frías. Entonces le pidió el favor a Josef.

Este sonrió y le preguntó:

—¿Le tienes miedo al depósito?

—¡De ninguna manera! —replicó Franz con voz débil.

Pensó entonces: “Esperaré hasta que llegue mamá”. Con ella sí podía hablar tranquilamente del miedo.

Pero la señora Frías rezongó:

—¡Bueno, apúrate y tráelo!

Josef, por su parte, se recostó en la puerta de su cuarto y comenzó a reírse maliciosamente.

El pobre Franz no tuvo entonces otro remedio que tomar las llaves del depósito.

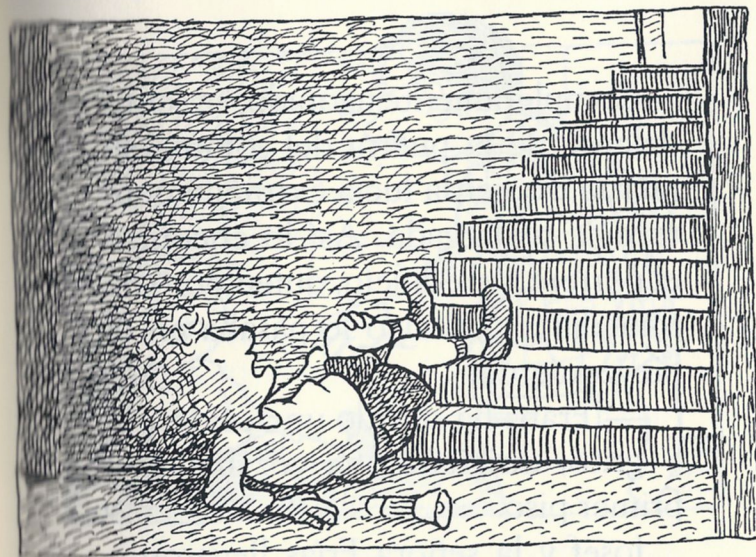
—Lleva la linterna —le dijo la señora Frías—. ¡La luz del depósito no está funcionando!

—Las ratas royeron el cable completamente —agregó Josef, riéndose.



Franz se metió la linterna entre el cinturón. Tenía fuertes palpitaciones y las rodillas le flaqueaban mientras descendía las escaleras hacia el sótano. Una vez allí, giró con dedos temblorosos la llave entre la cerradura. La puerta se abrió, balanceándose con un chirrido, y Franz clavó los ojos en una inmensa cueva oscura. Sacó entonces la linterna del cinturón y la encendió. Como un valiente, descendió un escalón y... luego otro, y... otro más, penetrando cada vez más en aquella caverna oscura.

Había descendido otros dos escalones, cuando escuchó un ruido y pensó: "Debe ser una rata". De puro susto, Franz dejó caer la linterna, que rodó escaleras abajo y se apagó. El pobre se vio entonces plantado ahí, en medio de la más atroz oscuridad. "Aquí no hay otra cosa que hacer sino salir", pensó. Luego dio media vuelta, y tropezando en uno y otro escalón, intentó subir. De pronto resbaló y cayó. Trató de levantar-



se, con tan mala suerte que dio una voltereta hacia atrás y cayó abajo. Quiso levantarse nuevamente, pero el tobillo izquierdo no le respondía y, al hacer el más mínimo movimiento, sentía un dolor insoportable. Sin embargo, el miedo pudo más y Franz subió las escaleras a gatas, pidiendo auxilio con todas sus fuerzas: Pero, como estaba tan nervioso, su voccita no se escuchaba casi y nadie lo oyó.

El pobre Franz estaba negro de mugre y exhausto de llorar cuando salió del depósito.

Completamente agotado, se sentó delante de la puerta del sótano; su pierna izquierda lucía extrañamente torcida y alargada. Así lo encontró el portero del edificio, quien notó de inmediato que algo le pasaba en el pie izquierdo.

—¡Franz ha sufrido un accidente!
—gritó, dirigiendo su voz hacia el primer piso.

Josef y la señora Frías llegaron a toda velocidad.

—¿Qué pasó? —preguntó Josef.

—¡Dios mío, Dios mío! —gritó ella—. ¿Qué le ha pasado a ese muchacho?

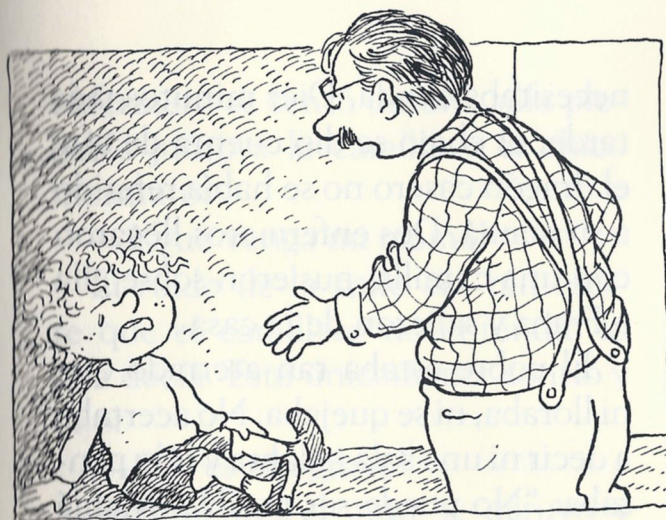
—¿Te duele mucho? —preguntó Josef.

—Con toda seguridad que hay una fractura —observó el portero.

Pero el dolor en el tobillo de Franz ya había cedido un poco y si no movía el pie, casi no le dolía.

—Que venga mi mamá —decía Franz.

La señora Frías corrió al cuarto del portero. Franz la podía sentir lla-



mando por teléfono y pensó: “Ahora va a llamar a mamá”.

—¿Puedes saltar en una sola pierna? —preguntó Josef.

Franz contestó que sí con un simple movimiento de cabeza. El portero, sin embargo, no permitió que Franz se moviera y le ordenó:

—¡Permanece sentado y no te muevas!

Después vino la empleada y exclamó:

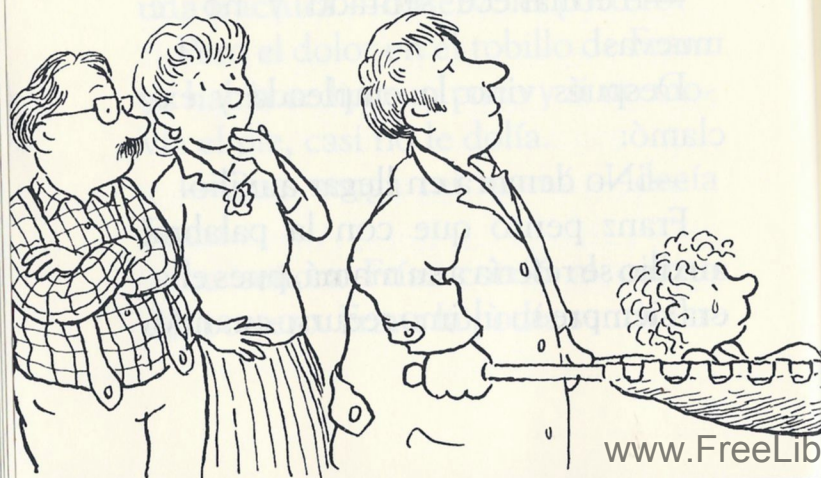
—¡No demora en llegar auxilio!

Franz pensó que con la palabra auxilio se refería a su mamá, pues ella era siempre su último recurso cuando

necesitaba ayuda. Diez minutos más tarde, el chico se dio cuenta de que el dragón casero no se había referido a su mamá. Dos enfermeros llegaron con una camilla, pusieron sobre ella a Franz y salieron de la casa.

El pobre estaba tan aterrado que ni lloraba, ni se quejaba. No acertaba a decir ni una sola palabra y sólo pensaba: "No puede ser posible. Mamá me prometió que vendría si alguna vez tenían que llevarme al hospital. ¡Ella me lo juró!"

Pero ya no había nada qué hacer, pues Franz ya estaba en la camilla, dentro de una ambulancia: su mamá ya no iba a venir para rescatarlo. La puerta se cerró y el auto partió. Un



enfermero se sentó en una silla plegable junto a la camilla y el chico murmuró:

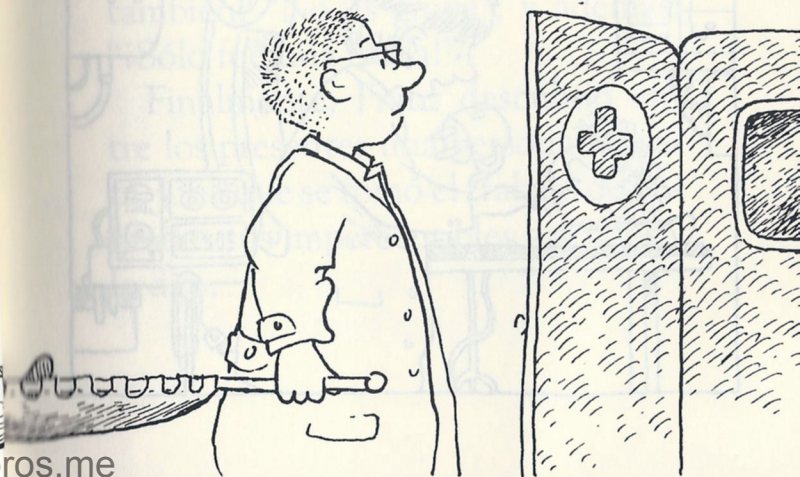
—¡Que venga mi mamá!

El ruido de la calle era tan fuerte que el camillero no entendió lo que decía. Este únicamente sonrió y dijo:

—¡No es tan grave!

Finalmente, el auto se detuvo y sacaron la camilla de la ambulancia. Los enfermeros llevaron a Franz al hospital. El niño cerró los ojos, pues no quería saber nada de lo que pasaba a su alrededor.

Sólo volvió a abrir los ojos cuando alguien lo acarició. Era una joven médica.



Esta le dijo:

—Ahora haremos una radiografía de tu tobillo.

Franz volvió a murmurar con voz casi imperceptible:

—¡Que venga mi mamá!

—¿Sabes qué es una radiografía?

—le preguntó la joven médica.

El chico volvió a insistir:

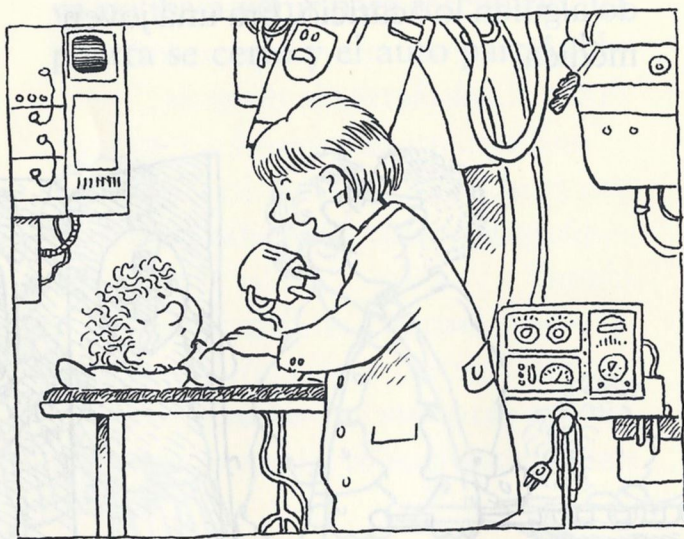
—¡Que venga mi mamá!

—Una radiografía es una foto de tu hueso —dijo ella.

Franz murmuró una vez más:

—¡Que venga mi mamita!

—Y no duele —agregó la médica.



“Doctora tonta”, pensó Franz y siguió reclamando la presencia de su mamá. En seguida lo metieron debajo del aparato de rayos X; cuando lo sacaron de allí, pedía con vocecita lastimera que su mamá viniera, al igual que cuando lo transportaron al cuarto de yeso y le colocaron una tablilla plástica debajo de la pierna. También mientras le ponían un yeso alrededor del tobillo y le untaban más yeso encima, seguía llamando a su mamá.

Mas las personas que se encontraban trabajando junto a Franz parecían sordas, pues sólo le sonreían amablemente, le acariciaban la cabeza y le decían:

“Ya pronto vas a salir de esto”, y también: “No es grave”, y además: “¡Sólo fue una caída!”

Finalmente, Franz descubrió entre los presentes una persona sensata. Una que se tomó el trabajo de entender sus imperceptibles quejidos y le dijo:

—Tu mamá está aquí hace tiempo y te está esperando afuera.

Entonces el chico se repuso y su voz se volvió nuevamente normal.

—¿Podré ir mañana a la excursión así, enyesado? —le preguntó a aquella persona tan razonable.

—Imposible —le respondió esta—. Date por satisfecho de no tener que permanecer en el hospital, y de que te puedes ir a casa con tu mamá.

Franz movió la cabeza pues esto le pareció muy razonable.

Finalmente, cuando el yeso ya estaba completamente seco, su mamá pudo entrar en el cuarto.

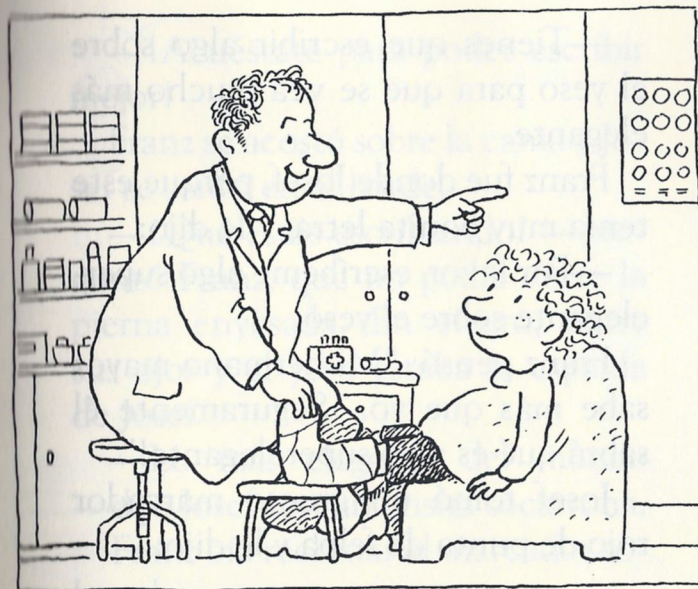
—¡Oh, mi pobrecito Franz! —exclamó y lo estrechó en sus brazos.

—Ya estoy bien —observó el chico.

—¡Qué valiente! —dijo su mamá.

—Sólo fue un golpe —agregó Franz.

Los dos enfermeros llegaron nuevamente, pusieron a Franz sobre la camilla, lo llevaron hasta la ambulancia y lo empujaron hacia adentro.



Camino a casa, la mamá de Franz iba sentada en la silla plegable. Cuando llegaron, los dos hombres alzaron a Franz y lo entraron en la casa; muchos vecinos estaban asomados a las ventanas y saludaban al niño.

Franz se acostumbró pronto al yeso, que no le impedía saltar por todos lados. A Gabi la pierna enyesada de su amigo le parecía “el último grito de la elegancia”.

Un día, tres semanas después del accidente, Gabi le dijo:

—Tienes que escribir algo sobre el yeso para que se vea mucho más elegante.

Franz fue donde Josef, porque este tenía muy bonita letra, y le dijo:

—Por favor, escíbeme algo super-elegante sobre el yeso.

Franz pensó: “Mi hermano mayor sabe más que yo. ¡Seguramente él sabrá qué es algo superelegante!”

Josef tomó un grueso marcador rojo de punta de felpa y le dijo:

—¡Acuéstate para poder escribir mejor!

Franz se acostó sobre la cama y Josef se sentó en el borde.

—¿Qué estás escribiendo? —preguntó Franz, que no podía verse la pierna enyesada. En efecto, entre sus ojos y el yeso estaba la espalda de Josef.

—Lo más elegante del mundo —dijo Josef con una risita socarrona.

Franz oía rechinar el marcador sobre el yeso.

Finalmente, Josef exclamó:

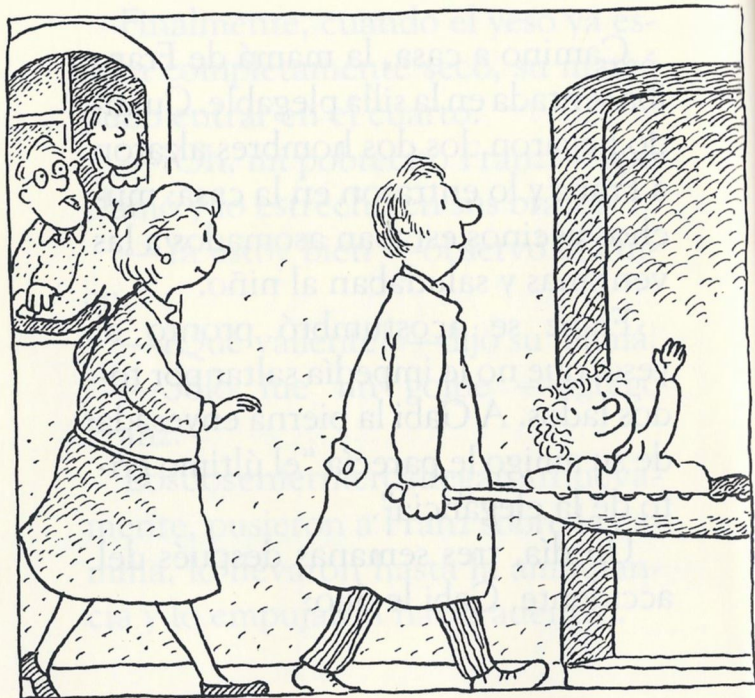
—Listo.

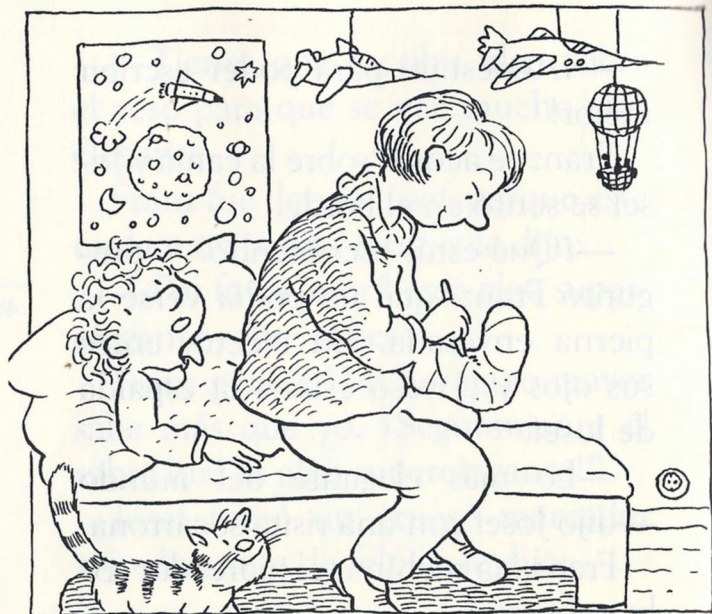
Luego se levantó de un salto y salió corriendo del cuarto.

El niño se incorporó y se quedó mirando fijamente el yeso. Con grandes letras rojas se podía leer allí: “I LOVE ULI”.

—¡No! —gritó Franz—. ¡Quita eso!

Uli era la única niña de la clase que Franz no podía soportar ni un poquito.





Franz se levantó de la cama y, dando saltitos, salió detrás de Josef, que corrió a su cuarto y cerró la puerta con llave. Franz golpeó violentamente la puerta, pero Josef no se inmutó. Sólo vino la señora Frías y refunfuñó:

—¡Déjate ya de tonterías, niño malcriado!

Franz trató de quitar con agua ese “I LOVE ULI” del yeso, y sólo logró que la superficie blanca en torno al letrero se volviera un poquito

rosada; las letras siguieron intactas. Franz cubrió, entonces, las letras con pintura blanca. De esa manera pudo hacer que desaparecieran. Infortunadamente, cuando la pintura se secó, empezó a descascararse. A cada paso que Franz daba, caía pintura al suelo, y por la noche ¡ahí estaban nuevamente las letras rojas!

—Nadie me puede ver así —suspiraba Franz—. ¡Odio a Uli! ¡Ella es tonta y yo soy su enemigo mortal!

Franz se limpió las lágrimas.

—Y si Gabi me ve con eso... —susurró—. Y si ella lo cree, ¡entonces estaré perdido!

Josef estaba arrepentido.

—Mi intención era sólo hacer un buen chiste —dijo. Y agregó—: Lo siento. Ponte un pantalón largo.

Pero el pantalón largo de Franz no le pasaba por la pierna enyesada. Su mamá hubiera tenido que abrir la costura del lado izquierdo y coserle una cremallera que, infortunadamente, ella no tenía. Además, ya



era muy tarde y todos los almacenes estaban cerrados.

—Un esmalte pegaría muy bien sobre el yeso —dijo su papá.

Pero en casa solamente había uno de color negro ¡y Franz no quería tener una pierna enyesada en negro! El pobre niño ya tenía los ojos rojos de llanto, cuando su mamá exclamó:

—¡La tengo! ¡Esa es la solución!

Y, sin más, tomó el marcador rojo. Franz, por su parte, tuvo que echarse nuevamente sobre la cama.

Su mamá convirtió entonces la U de Uli en una O. Antes de la O dibujó una B y después de la I escribió una S.

“I LOVE BOLIS”, decía ahora el letrero sobre el yeso.

Eso sí era verdad. Había unos refrescos congelados, llamados “bolis”, que le encantaban a Franz.

Finalmente, pudo dejar de llorar.

A partir de ese día, se dio cuenta de que existen muchas personas amables. Dondequiera que Franz llegara, alguien le decía:

—Ah, ¿te gustan los bolis?





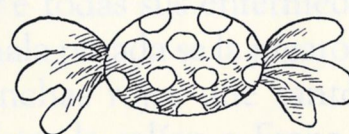
Y casi siempre le daban un refrescante boli, o un bombón o una goma de mascar, cuando no tenían a mano un boli.

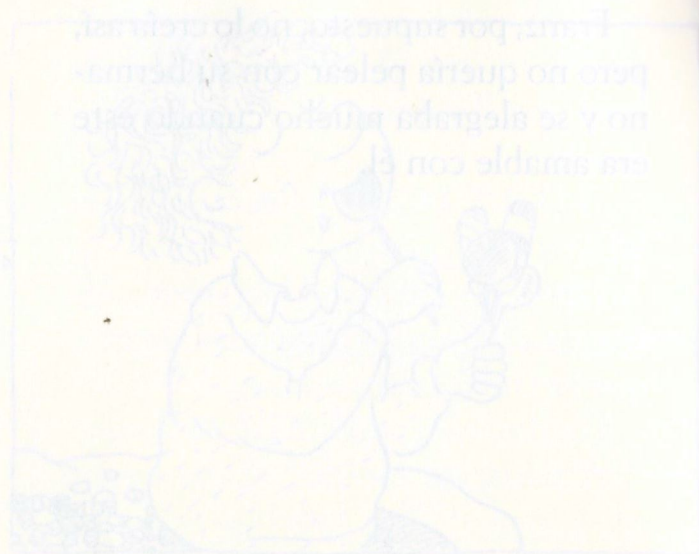
Pronto, Franz había comido tantos bolis y tenía tantos bombones y gomas de mascar, que ya no los podía chupar y mascar todos. Por eso se los regaló a Josef.

Este anotó:

—En realidad, yo también tengo derecho. ¡Yo soy la causa de tu boli-suerte!

Franz, por supuesto, no lo creía así, pero no quería pelear con su hermano y se alegraba mucho cuando este era amable con él.





Y casi siempre le daban un refrescante bollo, como el bollo de una goma de mascar, que Franz podía masticar en bollo.

Pronto, Franz había comido tantos bollos y tenía tantos bombones y gomitas de mascar que ya no los podía chupar y mascar todos. Por eso se los regaló a Josef.

Este anotó:

—En realidad, yo también tengo derecho. ¡Yo soy la causa de tu boliche!

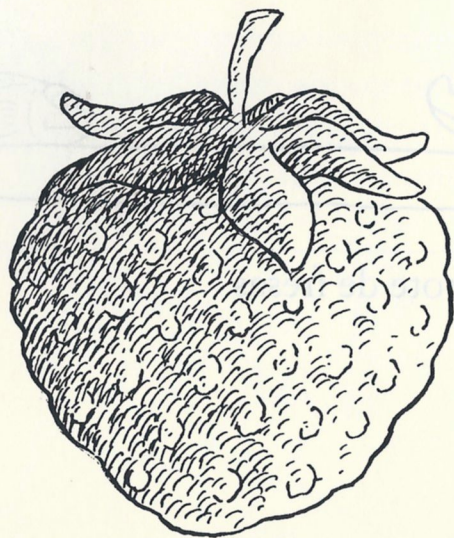


El brote de fresas

De todas sus enfermedades, la peor mala pasada se la jugaron aquellas ronchas rojas que tanto rasaban. Estas le salían a Franz cuando comía tomates, huevos o fresas.

—Es una alergia —le explicó su mamá—. No es nada del otro mundo. Sólo que no puedes comer ni fresas, ni huevos, ni tomates.

A Franz no le gustaban mucho los tomates y de los huevos podía prescindir sin mayores complicaciones; pero adoraba las fresas, ¡y con sólo



ver una se le hacía agua la boca! Cuando percibía su aroma, sentía en el estómago un irresistible deseo de comer fresas.

Una vez, Franz estaba invitado donde Santi, a una fiesta en el jardín: era época de cosecha de fresas. La mamá de Santi había organizado una gigantesca comida debajo del árbol de durazno. Sobre una larga mesa había bandejas con torta de fresa, pastel de fresa, arroz de fresa, leche de fresa, fresas con crema, biz-

cocho de fresa, jugo de fresa y fresas en chocolate.

—¿Todo es con fresas? —preguntó Franz con gran desilusión.

—Por supuesto —respondió Santi—. ¡Estamos en la fiesta de las fresas!

Al comienzo, Franz no probó bocado ni tomó un sorbo de todo lo que había allí. Pero, como no había almorzado nada, tenía un hambre terrible. La señora Frías había preparado una torta de coliflor, que Franz no podía ni ver, y había pensado: “No tocaré esta horrible cosa y aprovecharé la fiesta al aire libre para comer a más no poder”.



Franz sentía cada vez más hambre y su deseo de probar las fresas aumentaba. ¡Todos los niños a su alrededor comían fresas a dos carrillos! Entonces ya no pudo soportar más y se comió un pequeño pedazo de torta de fresas y bebió un diminuto vaso de jugo. Luego pensó: "¡Que sea lo que sea! ¡Me van a salir ronchas de todas maneras, así que eso ya no importa!"

Se comió dos pedazos más de torta y un platito de fresas con crema, acompañado de dos vasos de arroz de fresa. Luego vinieron cuatro va-



sos grandes de jugo de fresa, con lo cual se dio un verdadero festín.

Con el estómago repleto y duro como una esfera, regresó por la tarde a casa. Naturalmente, tenía un tremendo dolor de estómago.

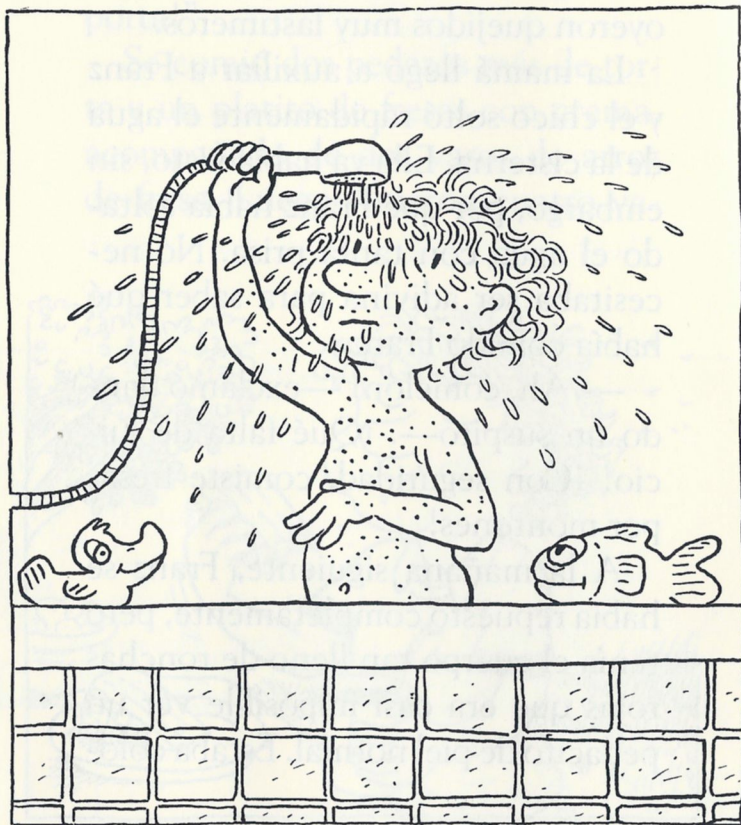
—¿Qué tienes, hijo? —le preguntó su papá. Franz no pudo responder nada, sino que apenas tuvo tiempo de llegar al baño, desde donde se oyeron quejidos muy lastimeros.

La mamá llegó a auxiliar a Franz y el chico soltó rápidamente el agua de la cisterna. Ella ya había visto, sin embargo, por qué Franz había soltado el agua con tanta prisa. No necesitaba ser adivina para saber qué había comido Franz.

—¡Ah, comelón! —exclamó dando un suspiro—. ¡Qué falta de juicio! ¡Con seguridad, comiste fresas por montones!

A la mañana siguiente, Franz se había repuesto completamente, pero tenía el cuerpo tan lleno de ronchas rojas que era casi imposible ver un pedacito de piel normal. Estaba colo-

rado como un cangrejo y completamente carrasposo. Su piel se parecía a la pintura áspera y corrugada de las paredes de la casa de la tía Trudis. Franz parecía una enorme fresa de ojos claros y cabello rizado rubio, y lo peor de todo era que ese tal brote le producía una rasquiña horrible, ¡desde la cabeza hasta los pies!



Sólo debajo de la ducha se le aliviaba un poco, pero su papá cerraba inmediatamente la llave.

—Tú sabes que las ronchas deben secarse —decía—. ¡Si las ablandas en agua, te durarán tres veces más!

Franz se puso pantalón largo y también camisa de manga larga, a pesar de que era un día caluroso. Quería evitar que le vieran su brote.

Hubiera preferido quedarse encerrado en casa, pero sus padres le dijeron:

—¡Déjate de tonterías! ¡Ni las ronchas ni la rasquiña impiden caminar, escribir o pensar!

Todos los niños de la clase miraron con asombro a Franz. La mayoría sintió mucho pesar de él y sólo un par de niños se burlaron, aunque no mucho. Sólo Uli se portó, como siempre, muy antipática, pues cuando notó que Franz se rascaba mucho, gritó:

—Franz tiene pulgas, piojos y chinches.



Su compañero Daniel Eberhard, sin embargo, lo defendió inmediatamente pues quería mucho a Franz y, además, era el niño más grande y fuerte de toda la clase.

—¡De ninguna manera! —replicó Daniel—. Franz tiene una alergia que le produce rasquiña. ¿No te das cuenta de que tiene un brote rojizo?

—Por supuesto —dijo Uli a voz en cuello—. Cuando se tienen pulgas, piojos y chinches, le da a uno un brote rojo.

—¡No! —le contestó Eberhard—. ¡El brote es provocado por las fresas!

—¡Ja, ja! ¡Dizque por las fresas! —dijo Uli tocándose la frente con el índice—. ¡Qué estupidez más grande! Lo que tiene es una sarna que le produjeron los animalejos.

—¡Retráctate de lo dicho! —gritó inmediatamente Daniel Eberhard.

—¡No tengo la menor intención! —le contestó Uli en igual tono.

Luego le gritó a los otros niños:

—No se le acerquen a Franz porque les va a prender las pulgas, los piojos y los chinches.



—¡Cierra la boca de inmediato! —dijo Daniel, dando un grito y amenazando con el dedo.

—¡Miren, se está rascando otra vez! —exclamó Uli señalando a Franz.

—Es que soy alérgico a las fresas —dijo Franz con voz casi imperceptible.

—¡No mientas, pulgoso! —gritó Uli—. ¡Eres un piojoso! ¡Un nido de chinches!

Daniel Eberhard le dio entonces una sonora cachetada, y en ese preciso instante entró al salón Zac Zac. Zac Zac es el profesor de Franz cuyo verdadero apellido es, en realidad, Soboda.

Franz lo llama Zac Zac porque camina en zigzag, habla en frases cortas y en tono mandón.

—¡A sentarse! —gritó Zac Zac y, dirigiéndose a Daniel Eberhard, le dijo:

—Composición de castigo para mañana. Tema: Por qué los fuertes no deben pegarles a los débiles.



—Pero yo... —protestó Daniel.

—¡Silencio! —gritó Zac Zac; tomó la tiza en su mano y escribió una operación de matemáticas en el tablero.

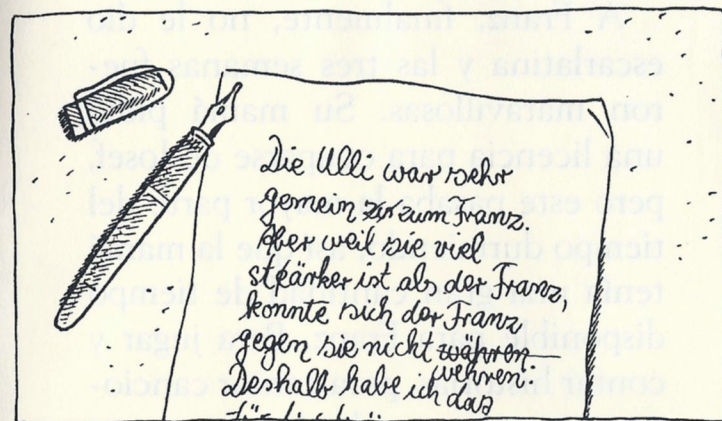
Daniel era malo para composición y a Franz le pareció apenas justo ayudarlo. Daniel fue entonces, por la tarde, a la casa de Franz. Pero Franz tampoco sabía muy bien qué era lo que había que escribir y acudió a Josef en busca de ayuda. Josef pensó un poco y luego dictó la siguiente frase:

“Uli fue muy grosera con Franz pero, como ella es mucho más fuerte que él, Franz no pudo defenderse. Por esta razón lo hice yo en su lugar. Si los fuertes no intervienen, ¿quién va a defender a los más débiles? Le solicito que me lo explique para saber a qué atenerme”.

Al día siguiente, Daniel Eberhard le entregó a Zac Zac la composición de castigo. Este la leyó de inmediato y luego le dijo a Daniel:

—¡Difícil problema! Lo meditaré.

Daniel Eberhard estuvo esperando toda una semana la respuesta de Zac Zac, pero este no dijo nada. De pronto, la piel de Franz se tornó nuevamente lozana y libre de aque-



llas feas ronchas. La picazón había desaparecido también.

Daniel olvidó por completo que Zac Zac le debía todavía una respuesta.

La única enfermedad que a Franz le pareció justa y nada cruel fue la escarlatina. La enfermedad le había dado a su hermano Josef y no a él pero, en aquella oportunidad, el médico dijo que Franz podría haberse contagiado también.

—Lo siento —le dijo el doctor a Franz—. Deberás permanecer en casa durante tres semanas, para evitar que contagies a los otros niños.

A Franz, finalmente, no le dio escarlatina y las tres semanas fueron maravillosas. Su mamá pidió una licencia para ocuparse de Josef, pero este pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, así que la mamá tenía una gran cantidad de tiempo disponible para Franz. Para jugar y contar historias, para cantar canciones, para consentirlo tiernamente y, en fin, para hacer todo lo que Franz quería.

Con frecuencia, Franz le pregunta a su hermano Josef:

—¿Cuándo te vuelve a dar eso?

Josef, sin embargo, ya se lo ha explicado cientos de veces:

—¡Nunca más! La escarlatina da solamente una vez en la vida.

Franz, sin embargo, no pierde la esperanza. Después de todo, en la vida siempre hay excepciones.



Librería
norma.com

Uno de los portales de libros
más visitados en idioma español.

Regístrese y compre todos sus libros en
www.librerianorma.com y reciba grandes beneficios.



Torre de Papel
GRUPO
EDITORIAL
norma

Las enfermedades de Franz

Franz siempre se enferma en los momentos más inoportunos. Cuando quiere faltar a la escuela está más saludable que nunca. En cambio, se enferma cuando Gabi cumple años o cuando el circo está de paso por la ciudad. A Franz esto le parece cruel e injusto. Solamente una vez ha tenido suerte con las enfermedades. ¡Claro que fue Josef, su hermano mayor, quien tuvo que irse a la cama!



Christine Nöstlinger

Nació en Austria en 1936. En 1984 obtuvo el premio Hans Christian Andersen, considerado el premio Nobel de la literatura infantil, por el conjunto de su obra, representada en más de sesenta libros para niños y jóvenes. El Grupo Editorial Norma ofrece muchos títulos de esta prodigiosa autora, tales como *Bonsai*, *Por favor, vuelve a casa*, *Las enfermedades de Franz*, *De por qué a Franz le dolió el estómago*, *Las vacaciones de Franz*, *Nuevas historias de Franz en la escuela* y *El lobo y los siete cabritos*, entre otros.

CC 11066
CC 26011066
ISBN 958-04-1930-2



9 789580 419303

www.librerianorma.com

www.FreeLibros.me

A partir de los 7 años